

Hay una historia muy breve y muy interesante, escrita quizá por un escritor francés: un ministro recién nombrado va a hacerse cargo de su puesto. Para enterarse de lo que ocurre en aquel ministerio, pide el presupuesto y lo estudia. Con gran sorpresa, encuentra que hay allí demasiados empleados. ¿Son necesarios tantos? No. Suprime a varios y sigue estudiando; halla otros nuevos empleados que podrían ser suprimidos. Los suprime. Y suprimiendo y suprimiendo, llega a su secretario. Lo suprime. Finalmente, se suprime a sí mismo. También él está de más.

Esta historieta, digna de Macabeo, se me viene a la memoria cada vez que leo en la prensa noticias acerca de las actividades represivas o eliminatorias del nuevo gobierno argentino. Cuando subió al poder, se susurraba que el tal gobierno parecía, por su carácter militar, partidario del Eje, aunque tal vez fuese ésta una mera apariencia; podía suceder que, en el fondo, fuese partidario de las democracias. Hasta este momento, sin embargo, ni una ni otra cosa ha resultado cierta: a juzgar por lo que hace, el gobierno argentino es sólo partidario de sí mismo.

Después de declarar que los partidos políticos argentinos no volverán al poder sino cuando se hayan regenerado por completo, lo que equivale a decir que esos partidos harían muy bien en transformarse en clubs de fútbol o de rayuela, el gobierno argentino ha disuelto o reprimido las actividades de todas las organizaciones que ha hallado a su alcance, fuesen éstas políticas, casipolíticas, semipolíticas, apolíticas o expolíticas. Nada ha escapado, como en el caso del ministro, a su afán represivo o eliminatorio. Hasta las instituciones masónicas argentinas, que le habían declarado su adhesión, han caído bajo aquel afán.

Qué se propone el gobierno argentino? No lo sabemos. Pero no es difícil prever su porvenir: llegará un día en que, hallándose más solo que el Cristo Redentor en el mes de agosto, no tendrá sino dos caminos que seguir: o hundir al país en el más negro totalitarismo o, como el ministro de la historieta, reconocer que él también está de más y renunciar.

Dado su carácter militar, podría esperarse la primera solución, pero, dado que los caminos del Señor son infinitos, puede esperarse también la segunda. Dios nos oiga.